

CULTURA POLÍTICA DE PROTESTA. UNA PROPUESTA DE APROXIMACIÓN CONCEPTUAL¹

Fernando Aiziczon*

Resumen

La irrupción de la protesta social a gran escala es un elemento que caracteriza a la sociedad Argentina desde mediados de la década de los '90 hasta la actualidad. Los cortes de ruta, la práctica de la asamblea, la toma de establecimientos y las movilizaciones, la emergencia de actores sociales como los "piqueteros", sumados a repertorios y actores tradicionales como las huelgas lideradas por sindicatos, colocan a ésta y a otras formas de acción colectiva como recursos privilegiados que se convierten en lo que los estudiosos de estos fenómenos denominan "repertorios modulares", es decir, modelos de acción que son aprendidos a nivel de toda la sociedad y que pueden ser practicados por gente que no comparte los objetivos iniciales de quienes los crearon.

En este sentido, el siguiente trabajo propone abordar la discusión de estos fenómenos desde un itinerario de aproximación conceptual anclada en la noción de cultura política de protesta. Dicha noción se articula aquí poniendo en tensión las definiciones de política y cultura, las primeras formulaciones de lo que se entiende por cultura política, y los últimos aportes provenientes de las teorías de la acción colectiva aplicados a los movimientos sociales, las protestas y las revoluciones.

Palabras clave: cultura política de protesta, acción colectiva, cultura, política.

Summary

The irruption of social protest in big scale is a characteristic element of the Argentina's society from '90 decade to the present. The roadblock, the practice of the assembly, the emergence of social actors such as the "piqueteros", as well as traditional repertoires such as strikes led by syndicates place these and other ways of collective action as privileged resources that scholars call "modular repertoires", that is, models of actions that are used by the rest of the society despite the fact that they may not share the same goals of those who created them.

In this sense, the following paper proposes the discussion on this phenomenon from a conceptual approach around the idea of political culture of protest. This

¹ Este trabajo reúne algunos aspectos teóricos de mi proyecto doctoral titulado "La construcción de una cultura política de protesta en Neuquén durante la década de los '90", radicado en el CIFYH-UNC y dirigido por la Dra. Mónica Gordillo.

* CIFYH, UNC-CONICET

idea is articulated on the tension between politics and culture concepts, the first idea of political culture, and de last contributions that come form theories of collective action applied to the social movements, protest and revolutions.

Keywords: politic culture of protest, action collective, politics, culture.

La irrupción de la protesta social a gran escala es uno de los elementos que ha caracterizado a la sociedad argentina desde mediados de la década de los '90² hasta la actualidad. Los cortes de ruta, la práctica de la asamblea en la mayoría de los conflictos, la toma de establecimientos y las marchas, la emergencia de nuevos actores como los “piqueteros”, sumados a repertorios y actores tradicionales como las huelgas lideradas por sindicatos, colocan a éstas y a otras formas de acción colectiva como recursos privilegiados que se fueron convirtiendo en lo que Tarrow denomina repertorios modulares, es decir, modelos de acción que son aprendidos a nivel de toda la sociedad y que pueden ser practicados aún por la gente que no comparte los objetivos iniciales de quienes los crearon.

Numerosos aportes desde las ciencias sociales³ remiten a este fenómeno, en especial a sus aspectos descriptivos y/o conceptuales; pero muy pocos se han ocupado de la dimensión cultural de la protesta, o del efecto de la protesta sobre la cultura. En efecto, ¿qué puede aportarnos una visión anclada en lo cultural?, las acciones colectivas de protesta⁴ se explican tanto por el efecto de la precarización de las condiciones de existencia o las vulnerabilidades del sistema político, como por la presencia de elementos o repertorios culturales que predisponen a la acción. Desde estos repertorios o también caja de herramientas, por usar una

² En realidad toda la década del '90 presenta numerosas protestas sociales, pero es después de las puebladas cutralquenses ocurridas en la provincia patagónica de Neuquén durante 1996/97, también conocidas como “el cutralcazo”, que el impacto simbólico de las mismas aumenta vertiginosamente hasta llegar a una suerte de coronación con los sucesos de diciembre del 2001 en que el entonces presidente De la Rúa debe renunciar frente al creciente el descontento popular presente en las calles de todo el país.

³ Pueden consultarse Auyero, 2002; Schuster, et al 2005; Giarraca, 2001; Delamata, 2002; Farinetti, 1999; Lobato y Suriano, 2003; Fajn, 2003; Svampa y Pereyra, 2002; Palomino y Di Marco, 2003; Rinesi y Vommaro, 2007.

⁴ Al utilizar la noción de *acción colectiva de protesta* para referirnos a las protestas sociales en general queremos destacar que no se trata sólo de enunciar fenómenos de movilización social (huelgas, piquetes, cortes de ruta) sino que este concepto remite a considerar escenarios de conflicto que rompen con determinadas relaciones sociales aunque dentro de ciertas reglas de juego; la acción colectiva de protesta implica reflexividad respecto del colectivo que la protagoniza, de sus fines, como también una construcción identitaria de sí y de sus oponentes, además del cuestionamiento a determinadas dimensiones del orden imperante. Ver Nardacchione, 2005.

noción ampliamente difundida en las ciencias sociales al hablar de cultura, es posible acercarse a las marcas que las prácticas sociales dejan inscriptas con el paso del tiempo, como por ejemplo, elementos que se retoman de protestas anteriores y que van conformando costumbres, tradiciones, valores (re)creados en torno a ellas, y que constituyen a la vez formas de entender y practicar la política, la más de las veces percibida como distante o disruptiva frente a aquellas otras que suelen presentarse como clásicas o institucionalizadas.

Ciertamente, las prácticas y sentidos atribuidos a las acciones por la gente y los efectos sobre las relaciones de poder que producen conforman una determinada manera de hacer política que está históricamente situada, y por lo tanto es válida en un específico contexto socio-histórico que le otorga dicho sentido. Volviendo ahora sobre el recurso predominante a la acción colectiva de protesta en la Argentina de los últimos años, la tentación de ver en esa densidad conflictual la emergencia de una cultura política caracterizada por el apelación sostenida a la protesta social como forma de intervención en la esfera pública, es grande.⁵ Sin embargo, no todas las acciones colectivas pueden definirse como protesta social, ni la fugacidad que caracteriza a muchas es una garantía de que se asienten en o generen una tradición contestataria. De allí la necesidad de ir más allá –en especial hacia atrás en el tiempo– de un ciclo de protesta para estimar los efectos posibles sobre una cultura política.

Estos planteos nos animan a reflexionar sobre la conformación de ese conjunto de saberes prácticos y sentidos que grupos mas o menos numerosos de gente elaboran respecto al ejercicio de las relaciones de poder; en otras palabras, cómo podemos denominar a esa actividad en la que se organizan, procesan, reelaboran, transmiten y esencialmente practican, formal o informalmente, con o sin instituciones estables, un conjunto de significados relacionados o atribuidos al modo de hacer política en un lugar dado. Y si lo que emerge se convierte en algo específico y duradero en un período, como lo es el ejemplo que acá nos convoca, es decir, el ejercicio de la protesta social, ¿es posible entonces pensar a

⁵ Me refiero a una variedad de expresiones que se canalizan a través del recurso a la protesta callejera y que abarcan desde los originales reclamos en defensa de trabajo hasta las masivas marchas en demanda de justicia frente a las sucesivas oleadas de inseguridad, recorriendo una inmensa variedad intermedia de motivos posibles (reclamos por viviendas, de servicios, de salud, educación, ambientales, derechos humanos, etc.). Claro que hay diferencias notables entre una manifestación convocada por un empresario en reclamo de seguridad - caso Blumberg -, las encabezadas por los ambientalistas que se oponen a la instalación de papeleras en el límite con Uruguay, y otra por la tragedia en un recital de rock - caso Cromañón -; pero lo quiero expresar es cierta primacía del recurso a la protesta en las calles en la generalidad de los casos y para diferentes clases sociales. Igualmente, es necesario precisar que no toda la gente participa de una cultura política de protesta, lo que nos lleva a aceptar mas bien la presencia y coexistencia de diversas culturas políticas o subculturas dentro del ámbito nacional. Lo que ocurre entonces es que alguna de ellas se torna dominante en determinados períodos históricos recubriendo al resto, y ésto es lo que parece haber sucedido en la Argentina de los últimos años.

esta práctica social como elemento constituyente de una cultura política de protesta?, si es así, ¿cómo articular esa definición?, ¿qué itinerario teórico nos permite aproximarnos a ella?

Cultura política. Avatares de un concepto sutilmente ambiguo

Un vasto conjunto de nociones yuxtapuestas, imbricadas, más o menos relacionadas entre sí, conforman el universo conceptual del término cultura política, universo en el cual la búsqueda de una definición consensuada dista de ser una tarea simple. ¿Por qué?, probablemente la raíz de esta situación sea el punto nodal del concepto: el juego entre cultura y política, lo que tiene de político una práctica cultural, o lo cultural del juego político. Otro problema se abre con la polisémica noción de cultura cuyo concepto es aún hoy debatido y la amplitud de significados existentes genera en algunos autores cierto pesimismo a la hora de avanzar hacia una definición operativa.

Lo que sí queda claro, siguiendo a Bauman,⁶ es la ambivalencia inherente al concepto: si la cultura es algo tan amplio como los “modos de vida” –simbólicos y materiales– que construyen los seres humanos al organizarse para, entre otras tantas cuestiones, subsistir, deberá aceptarse que estos modos oscilan entre los polos de la creatividad y la regulación normativa; es decir, la cultura es tanto invención como conservación, continuidad y discontinuidad, novedad y tradición, lo inesperado y lo predecible. Esto significa que la cultura, considerada como (re)creación humana constante, lleva consigo una contradicción lógica que consiste en ser una práctica –creativa– que es a la vez constructora de orden –regulativa–, y es éste movimiento el que genera constantes cambios y tensiones para llegar justamente a ese esfuerzo ordenador. Ahora bien, si la existencia de la cultura implica considerar la presencia de aquella tensión instituyente, ¿no estaríamos sobre este punto cerca de encontrar al conflicto social en el nudo de las disputas por la libertad y el orden, o si se prefiere, por los sentidos que se pretenden asignar a un orden social? Si agregamos ahora que existen tantas culturas como modos específicos de vida –y extensivamente, modos de orden social–, entonces no es desacertado sugerir la existencia de múltiples culturas políticas⁷ que expresan de diversa manera otras tantas modalidades relacionadas al ejercicio de la política. Nos estamos refiriendo a gentes que comparten hábitos, tradiciones, maneras de proceder, formas de valoración e imágenes colectivas vinculadas a una manera particular de hacer política y de ejercer poder. ¿Y no es esto

⁶ Bauman, 2002.

⁷ Un cuestionamiento irónico a cierta inclinación posmoderna a ver “culturas” proliferando en cualquier sitio (cultura de café, de fútbol, de servicios, etc.) puede leerse en Eagleton, 2002.

lo que tiene en común la gente que practica acciones colectivas como forma privilegiada de actividad política, incorporada a un particular modo de vida? Yendo más lejos, y en términos de Bourdieu, ¿podríamos postular un *habitus militante* allí donde la protesta social ya es historia hecha cuerpo, disposiciones duraderas transferibles, principios generadores y organizadores de prácticas?⁸

Volviendo ahora sobre la noción de cultura política, el escenario conceptual que se nos presenta está caracterizado por el múltiple cruce de formulaciones de diversas disciplinas de las ciencias sociales. La mayoría de las definiciones actuales remite a elementos como tramas de significaciones, a los sentidos del orden elaborados por los actores sociales, a la construcción de mitos, a las prácticas sociales como rituales o simbologías, a los ideales, percepciones, actitudes, representaciones, identidades, imaginarios, códigos, lenguajes, discursos, comportamientos, valoraciones, etc. Veamos algunas definiciones disponibles:⁹

Actitudes, normas y creencias compartidas mas o menos ampliamente por los miembros de una determinada unidad social, y que tienen como objeto fenómenos políticos.¹⁰

Valores, concepciones y actitudes que se orientan hacia el ámbito específicamente político, es decir, el conjunto de elementos que configuran la percepción subjetiva que tienen una población respecto del poder.¹¹

...[se denomina cultura política a] el sentido y el estilo de la política, normalmente contradictorio, al modo de hacer política de una sociedad y al papel que la política juega en el conjunto de la vida de una colectividad. Es la relación Estado, sistema partidario y actores sociales en un período o sociedad determinados.¹²

...conjunto de normas, creencias, símbolos, prácticas y representaciones ampliamente compartidas que se articulan en una trama de significados acerca del orden económico, social y político deseables, estableciendo prioridades políticas que deben ser atendidas por el Estado, lo que debe ser considerado como bienes públicos, así como las formas

⁸ Ver Bourdieu, 1991.

⁹ Muy pocos historiadores se ocupan de explicar qué entienden por cultura política o sus derivaciones (cultura política de resistencia, de movilización, autoritaria, etc.), menos aún se detienen a problematizar el concepto a pesar de que lo utilizan frecuentemente. Desconocemos si esto obedece a un sobreentendimiento del mismo, a la escasa problematización que despierta, o a la elección de conceptos más o menos abarcativos. Para algunos ejemplos de trabajos que abordan con desigual énfasis dimensiones de la cultura política véase Suriano, 2001; Sábado, 1998; Chávez, 1993; Béjar, 2005; James, 1990; Gordillo, 1999.

¹⁰ Bobbio, Matteucci, Pasquino, 1994: 415-417.

¹¹ Peschard, 2001: 9.

¹² Garretón, 1993: 223-224.

específicas de canalización de la protesta y las pautas de reconocimiento que sustenten una identidad colectiva.¹³

...repertorio de formas culturales con el cual una población interpreta relaciones sociopolíticas y actúa en concordancia conciente o inconcientemente... [es] una concepción del orden político.¹⁴

En principio, no caben dudas de que una cultura política es un elemento subjetivo presente en las sociedades modernas, un conjunto de nociones e ideas más o menos elaboradas respecto de un orden social y su funcionamiento –sus instituciones y normas– una manera de procesarlo y practicarlo –los roles y funciones de cada actor político– que se aloja en grupos sociales diversos que constituyen otras tantas sub–culturas –generando con ellas otras tantas identidades políticas–, y que, finalmente, su contenido no necesariamente remite a una lógica racional y/o conciente.

Si deseáramos simplificar, pues no es nuestra intención aportar una nueva definición, qué dimensiones implica un estudio sobre la/s cultura/s política/s de acuerdo a ellas, buscando conformar algún eje de agrupamiento de tantos conceptos vertidos, no podríamos prescindir de al menos uno: aquel que refiere a la dimensión de las representaciones inherentes a la subjetividad de los actores sociales y su escenificación en una determinada práctica social, en donde encontraríamos el universo de las representaciones sociales, los imaginarios, identidades, concepciones sobre el mundo, del orden social o de las relaciones de dominación y poder, y el juego o la correspondencia (o no) que se pueda establecer entre las representaciones y repertorios de acciones colectivas que se desprendan en el plano político, esto es, una suerte de conexión, en el horizonte de la acción, entre lo que determinados significados construidos por los actores sociales sobre el orden sociopolítico permiten realizar. Esto no quiere decir que haya que buscar una suerte de normatividad de lo subjetivo para con lo político y desde ese punto reconocer su despliegue en el campo de la acción; por el contrario, la idea es indicar la interacción o coexistencia de ambos planos, pues si bien una determinada visión sobre las reglas que el juego político permite se despliega en prácticas más o menos aceptadas o reguladas –desde la consulta popular o la petición hasta las huelgas– no es menos cierto que también la utilización de nuevas prácticas sociales de manera “espontánea”, novedosa o disruptiva incorpora repertorios de acción que luego son resignificados en la dimensión subjetiva. Por supuesto que una mirada atenta dirá con razón que los componentes de la dimensión aquí esbozada (representaciones y prácticas) son en realidad aspectos de un mismo fenómeno o plano de análisis (pe. podríamos hablar de “prácticas signifi-

¹³ Gordillo, 2001: 14.

¹⁴ López Maya, 2002:32.

cantes”, o de las percepciones como prácticas sociales, etc.), puesto que ambos se inscriben en el territorio de lo subjetivo. Y esto es, en efecto, así. Por lo que sugerimos una perspectiva que contemple, sobre un mismo plano, tanto lo que los actores sociales explicitan discursiva y simbólicamente, por un lado, y lo que efectivamente hacen, por otro, ya que, si no resulta fértil ir a la búsqueda de fórmulas normativas que sellen tal hiato, sí puede resultar más propicio distinguir y discriminar las complejas combinaciones del hacer y decir (incluyendo formas que semejan inacciones y silencios) que los actores desarrollan de cara a lo político para mejor comprender algo semejante a una cultura política, más aún si es de protesta.

Va de suyo que habrá que pensar también al sistema político, aunque éste también resulte modificado por las presiones que los actores sociales ejercen sobre él: vale decir, el sistema político también es resultado de una cultura política dada.

Esto último nos conduce a otro problema que se abre sobre el segundo término en cuestión que, como señala Landi, introduce la carga de ambigüedad al concepto de cultura política. En efecto, lo específicamente político es en cierto punto relativo; lo político no es un atributo “natural”¹⁵ de ciertos temas ni se restringe meramente a lo que es enunciado como político o dicho por un actor político:

...la definición de lo que es y de lo que no es político en la sociedad en un momento dado, es producto de los conflictos por la hegemonía entre los diferentes sectores sociales...¹⁶

El límite que confiere politicidad a algo es histórico y cambiante, y suele estar direccionado por los regímenes políticos y sus formas de legitimarse, aunque habría que agregar que los actores sociales logran politizar otros ámbitos de la vida. De allí que Landi sugiera ampliar el “caudal semiótico” que conforma la noción de cultura política hacia regiones como el sentido común, el flujo informativo, las identidades sexuales, los estilos estéticos, las prácticas religiosas, las memorias individuales y colectivas, entre otros. No es que haya que pensar en que todo es –o puede ser– político; la propuesta es mas bien doble: especificar qué es considerado como político para un lugar y momento determinados, y prestar atención a expresiones que no se refieren explícitamente a la política pero

¹⁵ Esto no excluye pensar a la política como un objeto específico, sino más bien se busca evitar lo que De Ípola denomina las dos metáforas o imaginarios fundantes de la política: la política como subsistema dotado de funciones predeterminadas (una superestructura), ó la política como la dimensión de contingencia inherente a lo social. Véase De Ípola, 2001.

¹⁶ Landi, 1988.

que conforman de alguna, manera y en contextos más o menos precisos, el campo de lo político.¹⁷

Gran parte de estos y otros problemas estuvieron ausentes en la elaboración inicial del término cultura política ocurrida en el campo de la ciencia política comparada de los EEUU durante los años '60. Allí se inauguraba una corriente de estudios que buscaba establecer las pautas de acción y de comprensión de la realidad política por parte de los individuos a partir de estudios comparativos basados en encuestas de opinión. El gran clásico al que la literatura sobre el concepto de cultura política remite casi en forma unánime es *The civic culture*, de Almond y Verba, obra publicada en 1963¹⁸ y que realiza un primer intento de definición de cultura política como:

...las orientaciones específicamente políticas – actitudes hacia el sistema político y sus partes, y actitudes hacia el rol del individuo en el sistema (...) Es un conjunto de orientaciones hacia un conjunto de objetos y procesos sociales (...). La cultura política de una sociedad es la interiorización del sistema político en la cognición, los sentimientos y las evaluaciones por parte de su población (...). La cultura política de una nación es la peculiar distribución de los patrones de orientación que los miembros de esa nación tienen hacia los objetos políticos.¹⁹

Los individuos son para estos autores portadores de actitudes referidas a fenómenos y/o procesos sociales específicamente políticos que son aprendidos en una suerte de interiorización del sistema político de la sociedad en la que viven. En esta operación juegan componentes cognitivos –el conocimiento del sistema político por parte del individuo–, emotivos –su identificación con él– y evaluativos –su aceptación o rechazo– de manera que otros procesos sociales como la socialización primaria entran también en juego y junto a ellas el papel de instituciones como la escuela, luego complejizadas por otras interacciones y roles que el individuo experimenta en su vida social, como por ejemplo, el ser ciudadano de una determinada nación.

¹⁷ “Las culturas políticas están compuestas por paquetes de géneros discursivos y estéticos muy cambiantes y sin centro en el clásico discurso del político. Se compaginan así configuraciones novedosas, en las que por ejemplo una novela policial puede tener más resonancia con la política que una charla de comité (...) Cabría preguntarse si la política tiene un género propio que, por ejemplo, para algunos sería el discurso o, en realidad, simula tenerlo y lo que hace es servirse según las circunstancias de otros preexistentes provenientes del modelo literario, técnico o del espectáculo visual”. Véase Landi, 1992: 44-45.

¹⁸ Aparecido originalmente como Almond, Gabriel y Verba, Sidney (1963) *The Civic Culture*, University Press, Princeton.

¹⁹ Almond y Verba citado en Amadeo, 2002.

Esta conceptualización conserva el mérito de ser uno de los primeros intentos de precisar qué se entiende por cultura política y qué aspectos debe abordar un estudio sobre este campo haciendo uso de variables culturales, pero recibió no pocas críticas vinculadas en principio a su estrecha concepción de la política y de la cultura, muy anclada en los valores dominantes de la política occidental capitalista. En ese sentido, el supuesto que recorre este enfoque es que toda sociedad tiene una cultura política de tipo nacional en la que están enraizadas las instituciones políticas, producto a la vez del desarrollo histórico transmitido a través de las instituciones sociales primarias –familia, escuela, iglesia– en el proceso de socialización. Esta perspectiva se corresponde con ciertas preocupaciones sobre la estabilidad y legitimidad de las democracias liberales y a las expectativas que el proceso de modernización genera vía industrialización, urbanización, tecnología y medios de comunicación, los que originarían cambios en las expectativas sociales provocando desajustes con las viejas estructuras viéndose amenazada la estabilidad del sistema político. Por eso, el desafío radica –y la carga prescriptiva que contiene el enfoque– en la posibilidad de realizar cambios institucionales y en las relaciones de poder para contener estas nuevas demandas que amenazan ocasionar quiebres en los patrones tradicionales de integración social. En estos casos la salida, siguiendo a estos autores, es crear un nuevo código moral que reintegre a la sociedad a un nuevo sistema político estable. La opción válida que reconocen Almond y Verba es la que adoptan los países centrales, es decir, las democracias liberales representativas, mientras observan que los países periféricos en vías de modernizarse se inclinan por soluciones autoritarias. Y esto último se debería, sencillamente, a la carencia de una socialización de valores culturales que sustenten una cultura política democrática.²⁰

A esta altura es evidente que estos planteos se alejan de nuestra búsqueda desde el momento en que el conflicto social está ausente y de que sus manifestaciones, las protestas, son homologables a desajustes funcionales que deben corregirse para lograr la deseada estabilidad del sistema político. Una cultura política de protesta sería casi un contrasentido en términos conceptuales.

²⁰ De allí que los autores ensayen una tipología de culturas políticas posibles en base a las características que los ciudadanos presentan frente a un sistema político dado, a saber: a) cultura política parroquial (*parochial political culture*), b) cultura política de subordinación, y c) cultura política de participación. El primer tipo corresponde a las sociedades simples, no diferenciadas, en donde las personas manifiestan poca o ninguna conciencia respecto del sistema político, el segundo refiere a los sistemas políticos autoritarios en donde los individuos se orientan por el impacto sobre sus vidas de políticas de bienestar y leyes favorables, y finalmente el tercero tipo corresponde a las sociedades con sistemas políticos demoliberales donde el individuo ocupa una posición activa y crítica en la vida pública.

La ausencia de la noción de conflicto como constitutiva de lo social obedece en parte a la matriz durkheimiana y parsoniana de la que es deudor el enfoque anterior; allí la cultura es lo que une a la sociedad, lo que permite que los individuos pasen de ser una mera sumatoria serializada –o clases sociales antagónicas– a integrar una comunidad social, cohesionada, estable y con una conciencia colectiva²¹. Es sobre este punto que otros estudios pertenecientes a diversas disciplinas sociales nos presentan miradas alternativas asentadas sobre otros supuestos de lo que la noción de cultura implica.

Desde los estudios de Bajtin sobre la cultura popular,²² la Historia Social,²³ el estudio de las representaciones y mentalidades²⁴ o la microhistoria,²⁵ pasando por los aportes de la antropología, la semiótica y la lingüística, la perspectiva se fue enriqueciendo sobre la base de trabajos que tenían como objeto lo que Gramsci denominó “clases subalternas”: se trata de analizar los procesos de dominación de una clase por otra mediante la construcción de una hegemonía que, además de económica y política, es esencialmente cultural. La discusión pasa por la supuesta capacidad de las clases dominantes – o sectores de ella – de generar un consenso favorable a sus intereses presentándolos como intereses generales de la población.²⁶ En este proceso de dominación y creación de consenso el sentido común y su construcción juegan un rol central al ser los portadores de concepciones del mundo que conforman, a su vez, la cosmovisión de las clases subalternas –diríamos, su “cultura”, o la “cultura popular”–, menos elaborada que la de los sectores letrados que extraen de la sistematización, organización y centralización de valores culturales la posibilidad de dominio social.²⁷

La mirada puesta en todo elemento de las clases subalternas que escape, rechace o resista a ese consenso –hablaríamos de un sentido común contrahegemónico– permitiría ver procesos de resistencia al sentido común dominante. Y aquí entramos en el territorio de los procesos culturales de resistencia a un orden social que por ser tales, es decir, de resistencia, participan de suyo en la dimensión de lo político, aunque residan, por momentos, en un plano que se muestra como exclusivamente del dominio cultural en sentido amplio.

²¹ Auyero, y Benzecry, 2002.

²² Bajtin, 1987.

²³ Nos referimos principalmente a los aportes de E. P. Thompson, E. Hobsbawm, entre otros.

²⁴ Principalmente Roger Chartier, George Rudé, Michel De Certeau.

²⁵ Puede verse la magnífica obra de Carlo Guinzburg *El queso y los gusanos*.

²⁶ Sobre este punto las diferencias con el enfoque de Almond y Verba son irreconciliables: pensemos, por ejemplo, en lo que las clases dominantes exponen como su idea de la política, del sistema político o de la democracia.

²⁷ Gramsci, 1999.

Llegamos así a una suerte de inversión del planteo anterior para indagar sobre la cultura política: se trata de reconocer otro itinerario teórico en donde la preocupación consiste en ver cómo los actores sociales elaboran una determinada percepción o concepción del mundo, cómo es que se éstas se visualizan y qué prácticas ensayan para expresar su adhesión y/o resistencia al orden dominante. Por eso el concepto de dominación y sus derivados es insoslayable. Así, desde el análisis de Bajtin sobre la función de la parodia a los valores culturales dominantes en los carnavales populares de la Edad Media, la propuesta de Burke con su noción de subcultura o contracultura como expresión de rechazo a la cultura dominante, el análisis de Guinzburg sobre los modos de circulación y apropiación de las clases subalternas de recursos culturales provenientes de los sectores dominantes, entre otros, se ha desarrollado todo una haz de estudios que no hizo más que complejizar la dimensión de lo cultural enfatizando su potencial de resistencia a lo dominante.²⁸ Esto nos obliga a revisitarse qué noción de cultura subyace a un determinado planteo teórico. Para el historiador E. P. Thompson:

...no deberíamos olvidar que 'cultura' es un término agrupador, un término que, al juntar tantas actividades y tantos atributos en un solo conjunto, de hecho puede confundir u ocultar distinciones que se deberían hacer entre tales actividades y atributos. Necesitamos deshacer ese conjunto y examinar sus componentes: los ritos, las formas simbólicas, los atributos culturales de la hegemonía, la transmisión intergeneracional de la costumbre y la evolución de la costumbre dentro de formas históricamente específicas de relaciones de trabajo y sociales.²⁹

Para Thompson la costumbre, constitutiva de la cultura, es algo ligado al cambio y a la contienda entre las clases y por lo tanto rechaza la idea de cultura como algo consensual que, en opinión de Burke, consiste en "...[un] sistema de significados, actitudes y valores compartidos, y a las formas simbólicas (representaciones, artefactos) en las cuales cobran cuerpo".³⁰ Thompson va a criticar esta noción por no mostrar que también la cultura:

...es un fondo de recursos diversos, en el cual el tráfico tiene lugar entre lo escrito y lo oral, lo superior y lo subordinado, el pueblo y la metrópoli; es una palestra de elementos conflictivos que requiere un poco de presión –como, por ejemplo, el nacionalismo o la ortodoxia religiosa predominante o la conciencia de clase– para cobrar forma de 'sistema'...³¹

²⁸ Para una presentación de éstas y otras corrientes teóricas y autores ver Zubieta, 1994.

²⁹ Thompson, 1995: 26.

³⁰ Citado por Thompson, E.P.

³¹ Thompson, 1995: 19.

Y un “sistema” no es más que un dispositivo de control, una aspiración ordenadora que vehiculiza o suprime el conflicto social que muchas veces suele permanecer oculto, latente o mostrarse bajo la forma de lo que Scott denomina “infrapolítica”, es decir, lo que permanece por debajo de la acción política abierta pero que a la vez actúa como la estructura de prácticas –materiales y simbólicas– que en forma cotidiana y según los momentos y tipos de dominación van atentando contra el orden establecido.³²

En una dirección similar Michel De Certeau³³ propone trabajar sobre las tácticas cotidianas de “microrresistencia y apropiación” para ver los modos en que se “marcan” socialmente los objetos culturales, es decir, lo que este autor denomina como “producción de segundo grado”: las “astucias” a través de las cuales el hombre anónimo juega, transgrede y desbarata los mecanismos de control del sistema y se re-apropia, para su provecho, de ellos.

Hasta aquí, y en términos conceptuales, lo cultural va inextricablemente unido a lo político cuando el orden social genera una tensión desigual en las relaciones de poder –el ejercicio de dominación– y ésta es percibida de diversas formas por los actores sociales que la experimentan. Sin embargo, no emerge una conexión conceptual explícita entre estas formas de resistencias asentadas en prácticas culturales –carnavales, ritos, símbolos, artes de hacer, etc.– y algo similar a lo que denominaríamos como cultura política, ni menos de resistencia, aunque si queda un camino para explorar desde estos aportes. Por ello, si estas percepciones subjetivas y prácticas sociales sedimentan en grupos o colectivos que sistematicen en el tiempo ambas dimensiones y las desplieguen de cara a su participación en un sistema político dado, ¿no podríamos también hablar de una forma de particular de hacer política, una cultura política?

Las protestas sociales y los nuevos movimientos sociales en el centro de la escena: el concepto de enmarcado cultural (o la cultura leída en fragmentos)

Del mismo modo que lo conflictivo era percibido en términos de disfunción de lo social en la matriz de pensamiento durkheimiana y parsoniana, todo fenómeno colectivo de oposición al orden social fue también para esta corriente y durante las primeras décadas del siglo XX designado como anomia o inadaptación de determinados grupos a las pautas sociales establecidas. Uno de esos grupos lo constituyó, ya avanzado el siglo, el movimiento juvenil en las décadas del '60-'70 en los países centrales (hippies, teddy boys, etc.) que permitió el

³² Scott, 1990.

³³ De Certeau, 1999.

surgimiento de estudios sobre las denominadas culturas juveniles, subculturas o contraculturas.³⁴ Los estudios que los toman como objeto intentan un acercamiento al análisis de formas alternativas de vivir, de procesos de elaboración de identidades en oposición a las generaciones precedentes y cuyo efecto primero es obstaculizar de diversas formas la dominación hegemónica llevando a cabo resistencias parciales consistentes en desafíos simbólicos.

Contemporáneo a estos grupos sobreviene, transitando los años '60-'80, la era de los denominados “nuevos movimientos sociales”³⁵ caracterizados por su diversidad –pacifistas, ecologistas, étnicos, de género, de liberación nacional–, amplitud de composición social –policlasistas– y multiplicidad de demandas dirigidas, en especial, hacia el Estado y otras tantas formas de opresión. A los nuevos movimientos sociales les toca convivir en las sociedades actuales con otras formas de expresión de malestar social: las protestas sociales, caracterizadas por su alta volatilidad y fragmentariedad. Evidentemente “protestas sociales” en sentido amplio siempre existieron,³⁶ pero es el uso dominante de este concepto el que está demostrando un nuevo contexto teórico y político signado por el descrédito de los denominados “grandes relatos”, en especial el marxismo y sus referentes históricos: las revoluciones. De allí que las protestas sociales sean presentadas como los fragmentos de una realidad desgajada, contingente, y finalmente imprevisible. Lo real, vale decir, lo social en las líneas dominantes del pensamiento actual está constituido (o mejor, va a ser pensado) por muchos fragmentos que imposibilitan considerar una totalidad social mayor. Esa totalidad impugnada es la metáfora abandonada de la lucha de clases, concepto la más de las veces incongruente con el de movimiento social.³⁷

En lo que respecta a las variables de análisis teórico, la puesta en primer plano de ambos fenómenos en las últimas décadas –movimientos y protestas sociales– viene acompañada de una renovación de perspectivas analíticas que incorporan variables como la identidad, la estructura de oportunidades políticas, las estructuras de movilización y una renovada concepción de la dimensión cultural abordada desde el concepto de *enmarcado cultural* o “marcos” de la acción colectiva.³⁸ En efecto, los procesos mediante los cuales los actores sociales defi-

³⁴ Hall y Jefferson, 1993. Ver también Urresti, 2002.

³⁵ Entre los principales teóricos que comenzaron a estudiarlos podemos mencionar a Claus Offe, Alain Touraine y Alberto Melucci.

³⁶ Véase por ejemplo Rudé, 1978.

³⁷ Aquí la discusión se puede abrir hacia tópicos sustanciales que remiten a la coherencia interna de ciertas perspectivas presentadas como novedosas, a su sofisticación conceptual, cuando no a sus presupuestos políticos. Remitimos para esa discusión al interesante artículo de Leopoldo Moscoso, 1992.

³⁸ De las diversas corrientes que componen el amplio abanico de perspectivas teóricas para el estudio de los movimientos sociales mencionaremos dos: la europea (mas preocupada por los procesos identitarios y culturales, con autores como Offe, Melucci, Touraine) y la nortea-

nen –enmarcan– una situación son ahora pensados como construcciones de significados.³⁹ Estamos nuevamente en presencia de la dimensión cognitiva, ideal-valorativa, que se cruza con otras dimensiones más abarcativas como la cultura o la ideología. Meyer Zald afirma que el marco cultural está constituido por:

...metáforas específicas, representaciones simbólicas e indicaciones cognitivas utilizadas para presentar conductas y eventos de forma evaluativa y para sugerir formas de acción alternativa (...) símbolos, marcos e ideologías se crean y transforman en los procesos de oposición y protesta.⁴⁰

La idea de marco refiere a cómo se perciben, comprenden y describen los hechos, a cómo se presentan en público –panfletos, boletines, revistas, internet, etc.–, a los esfuerzos conscientes y estratégicos que orientan la acción hacia la sociedad definiendo qué se debate, cuáles son las causas, los objetivos, los destinatarios y la legitimación de la acción. Los marcos están disponibles culturalmente, pero son también fruto de la interacción y negociación de significados al interior de los movimientos en donde existen verdaderas batallas para prevalecer uno u otro marco. De allí que los marcos sean realidades siempre cambiantes, y por la misma razón su interés analítico resalta los aspectos performativos, es decir, mediante qué estrategias se logran movilizar o implicar actores en una acción colectiva. Cabe destacar que los estudios se circunscriben a acontecimientos más restringidos en alcance y envergadura, muestran una dinámica de cómo los actores procesan la cultura, opuesta a la idea aparentemente estática⁴¹ que ofrece el fenómeno ideológico –en el sentido de sistemas completos de creencias– o el concepto clásico de cultura. Pero además, la idea de marco coloca en el centro de la escena a los actores como generadores activos en la construcción de los sentidos y quizás allí radique el aporte más importante de este concepto: al enfatizar el rol de los promotores, líderes, activistas o militantes, establece como indispensable la mediación entre símbolos y participantes interpelados. Como señala Tarrow, los movimientos enmarcan su acción colectiva en torno a símbolos culturales escogidos selectivamente del baúl de herramientas culturales que los activistas y militantes políticos convierten creativamente en marcos para la acción colectiva.⁴²

mericana (muy influenciada por la teoría de la movilización de recursos, Mc Adam, Zald, Tarrow, Tilly), y rescatamos la innovación en el análisis de la dimensión cultural.

³⁹ Rivas, 1998.

⁴⁰ Zald, 1999: 371.

⁴¹ Para una sugerente revisión y rescate del término Ideología y de su políticamente forzado retiro de la arena académica ver Eagleton, 2005.

⁴² Tarrow, 1997: 209.

La idea de marco implica un análisis interactivo –que es el terreno de la protesta social– y recoloca a lo simbólico en un plano similar al de la acción social; símbolos, ideas y lenguajes no tienen una propiedad intrínseca que predisponga a la gente a la acción sino que necesitan ser transformados por determinados agentes sociales en marcos para la movilización.⁴³

Una conclusión provisoria: la cultura política de protesta como concepto intermedio entre el marco cultural, la política y la cultura

La cultura política (...) es un concepto huidizo, difícil de exponer empíricamente. Pero no podemos evitar la impresión, por difícil que sea demostrarlo, de que los impactos de mayor alcance de los ciclos de protesta se encuentran en los cambios lentos y acumulativos de la cultura política⁴⁴

¿Será que la reducción de la de observación hacia fenómenos acotados de protesta social debe conducirnos a abandonar la pretensión de pensar una cultura política de protesta? ¿Qué es articulable si se quieren recuperar críticamente estos esquemas teóricos actuales? Veamos. La idea de marco cultural a la que llegamos en este breve trabajo nos vuelve a colocar en un territorio limitado e inestable entre conceptos y situaciones: al ser utilizado para el estudio de protestas sociales o movimientos sociales necesariamente su naturaleza y dinámica resulta contingente en función de que los actores sociales van ensayando distintas formas de otorgar sentido a sus acciones y situaciones –en períodos muchas veces demasiado cortos–, y éstas últimas también marcan el cambiante terreno en donde se inscriben; por ello, un marco es un esquema interpretativo de la realidad que se nutre del instrumental cultural que la gente posee con la finalidad de cristalizar demandas e inquietudes específicas de manera que estimulen la acción: un marco es algo acotado, altamente fluido, continuamente reelaborado a través de la interacción entre diversos actores sociales. Sobre este punto estaríamos, al parecer, muy lejos de las “marcas” en el tiempo que permiten forjar una cultura política, sin embargo, al ser también un trabajo de significación que necesita de elementos culturales preexistentes para impulsar la movilización, un marco no puede dejar de apropiarse de rasgos que pertenecen, por ejemplo, a diversas cultura/s política/s, o aún más, puede recortar trozos de ideologías para

⁴³ Otra discusión central que acá no abordamos por cuestiones de espacio es la que atañe a las asignaciones de causalidad de determinados conceptos para con la acción colectiva misma. Para una discusión con las teorías de la acción colectiva y sus supuestos remitimos nuevamente a Moscoso, Leopoldo, 1992.

⁴⁴ Tarrow, 1997: 308.

alimentar y potenciar significaciones. Por todo esto, no es posible comprenderlo sino dentro de dimensiones más amplias.

La cultura política es frente a un marco cultural una dimensión de mayor alcance que resulta de un ejercicio sostenido en el tiempo y que genera y se nutre de tradiciones y costumbres. Un marco se apropia, por así decirlo, de segmentos que le son afines y los reelabora, los combina con otros nuevos generando la posibilidad de la movilización. Y a la inversa, si el marco acota el momento de la dinámica sociocultural a un grupo que se moviliza, también puede mostrarnos, en el largo plazo y a pequeña escala, procesos de cambios en una determinada cultura política, su emergencia, o su reemplazo por otra.⁴⁵

Llegados a este punto no parece posible desligar ambos conceptos y la propuesta sería enriquecerlos mutuamente: el marco como elemento micro y portador potencial de cambios de una cultura política –una suerte de usina generadora de innovaciones dentro de ella–, y la inversa, la cultura política como fuente de recursos y como guía para distintos marcos, y en un sentido más macro, como registro de los cambios de menor envergadura que suceden constantemente en su interior.

La posibilidad de pensar una *cultura política de protesta* significa preguntarse sobre la existencia de una práctica predominante y sostenida de apelar a diversas formas de acción colectiva de protesta para intervenir en la vida política. Este ejercicio privilegiado es afirmado en el tiempo gracias a la construcción y resignificación de tradiciones, valores, representaciones y sentidos. En esa relación que es la protesta social misma operan también mediadores, activadores, los interpelados activos y el público, los que en constante interacción elaboran marcos para la acción; sin ésta instancia relacional la cultura política simplemente no es posible.

En un sentido más amplio no debe soslayarse que la cultura política no puede pensarse como un bloque sólido que unifica a una nación y determina su sistema político; la/s cultura/s política/s son el escenario particular de despliegue de malestares sociales que tienen que ver con la conflictiva constitución de sociedades profundamente desiguales y opresivas. Entonces, una cultura política de protesta es la forma en que se visibilizan prácticas de no aceptación del orden social a diversos niveles, ejercidas por determinados colectivos sociales que construyen a su vez sub-culturas.

La acción colectiva de protesta como recurso privilegiado de acción política tampoco debe pensarse como algo desconexo de determinación alguna: responde principalmente a las restricciones que un sistema político ejerce sobre

⁴⁵ López Maya, 2002.

los actores sociales para los cuales los formatos clásicos, establecidos, legitimados o aceptados –el voto, la petición, la representación, etc.– no son accesibles, o no responden con resultados satisfactorios, o no se adecuan a sus demandas, necesidades y expectativas. En igual dirección, las condiciones materiales de existencia –su deterioro– configuran otra dimensión de análisis absolutamente necesario para comprender por qué en determinadas sociedades el sistema político, junto al valor que se le otorga a la política y a la democracia, no es más importante que el “reino de las necesidades”, generando prácticas políticas que sólo en apariencia parecen menospreciar el juego democrático. En otras palabras: la protesta social refiere a la (in)validez del orden social mismo puesto en cuestión. Esta breve digresión abre otro frente de debate que aquí no abordamos pero que consideramos igualmente crucial: la relación entre democracia-capitalismo-conflicto social-teoría social. Más aún, no deberíamos olvidar la reflexión sobre las condiciones de posibilidad de producción de determinados discursos y su concepción del orden social, sea éste entendido como injusto, inestable, etc., o constituido por movimientos, grupos, clases. Allí están, para recuperar, las nociones de cultura, orden social, hegemonía, dominación, resistencia, entre otras que repasamos brevemente.

Bibliografía citada

- Amadeo, Belén, 2002, “El nuevo ciudadano: la reforma de la cultura política argentina”, disponible en <http://www2.uca.edu.ar>.
- Auyero, Javier, 2002, *La protesta. Retratos de la beligerancia popular en la argentina democrática*, Buenos Aires, Libros del Rojas-UBA.
- Auyero, Javier y Benzecry, Claudio, 2002, “Cultura”, en Altamirano (dir.) *Términos críticos de sociología de la cultura*, Buenos Aires, Paidós.
- Bajtín, Mijail, 1987, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, Madrid, Alianza.
- Bauman, Zigmunt, 2002, *La cultura como praxis*, Buenos Aires, Paidós.
- Béjar, María Dolores, 2005, *El régimen fraudulento*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- James, Daniel, 1990, *Resistencia e integración*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Bobbio, N., Matteucci, N., Pasquino, G., 1994, *Diccionario de política*, México, Siglo XXI.
- Bourdieu, Pierre, 1991, *El sentido práctico*, Madrid, Taurus.
- Chávez, Alicia Hernández, 1993, *La tradición republicana del buen gobierno*, México, FCE.

- De Certeau, Michel, 1999, *La invención de lo cotidiano*, Universidad Iberoamericana, Madrid.
- De Ípola, Emilio, 2001, *Metáforas de la política*, Rosario, Homo Sapiens.
- Delamata, Gabriela, 2002, “De los ‘estallidos’ provinciales a la generalización de las protestas en Argentina, Caracas, *Revista Nueva Sociedad* 182.
- Eagleton, Terry, 2002, *La idea de cultura. Una mirada política sobre los conflictos culturales*, Buenos Aires, Paidós.
- Eagleton, Terry, 2005, *Ideología. Una introducción*, Buenos Aires, Paidós.
- Fajn, Gabriel, 2003, *Las fábricas recuperadas*, Buenos Aires, Ediciones del IMFC.
- Farinetti, María, 1999, “¿Qué queda del movimiento obrero?. Las formas de reclamo laboral en la nueva democracia argentina”, Buenos Aires, *Revista Trabajo y Sociedad*, 3º trimestre.
- Garretón, Manuel, 1993, “Cultura política y política cultural”, en Manuel Garretón, Saúl Sosnowski y B. Subercaseaux (comp.) *Cultura, autoritarismo y redemocratización en Chile*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Giarraca, Norma (edit.), 2001, *La protesta social en Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*, Buenos Aires, Alianza editorial.
- Gordillo, Mónica, 1999, *Córdoba en los '60. La experiencia del sindicalismo combativo*, Córdoba, UNC.
- Gordillo, Mónica, 2001, *Actores, prácticas, discursos en la Córdoba combativa. Una aproximación a la cultura política de los '70*, Córdoba, Ferreyra editor.
- Gramsci, Antonio, 1999, *Antología*, México, Siglo XXI.
- Hall, Stuart y Jefferson, Tony, 1993, *Resistance Through Rituals. Youth subcultures in post-war Britain*, Cambridge, University Press.
- James, Daniel, 1999, *Resistencia e integración*, Sudamericana, Buenos Aires.
- Landi, Oscar, 1992, *Devórame otra vez. Qué hizo la televisión con la gente, que hizo la gente con la televisión*, Buenos Aires, Planeta.
- Landi, Oscar, 1988, *Reconstrucciones. Las nuevas formas de la cultura política*, Buenos Aires, Puntosur.
- Lobato, Mirta y Suriano, Juan, 2003, *La protesta social en la Argentina*, Buenos Aires, FCE.
- López Maya, Margarita, 2002, *Protesta y Cultura en Venezuela. Los marcos de la acción colectiva en 1999*, Buenos Aires, Clacso.
- Moscoso, Leopoldo, 1992, “Lucha de clases, acción colectiva, orden y cambio social”, *Revista Zona Abierta* N°61-62, Madrid.

- Nardacchione, Gabriel, 2005, “La acción colectiva de protesta: del antagonismo al espacio público”, en Schuster, Federico, *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, Prometeo.
- Palomino, Héctor y Di Marco, Graciela, 2003, *Movimientos sociales en la Argentina. Asambleas: la politización de la sociedad civil*, Buenos Aires, UNSAM
- Peschard, Jacqueline, 2001, *La cultura política democrática*, México, Ed. Instituto Federal Electoral, México.
- Rinesi, Eduardo, Vommaro, Gabriel y otros, 2007, *Las lentes de Víctor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente*. Prometeo, Buenos Aires.
- Rivas, Antonio, 1998, “El análisis de marcos: una metodología para el estudio de los movimientos sociales”, en Ibarra, Pedro, y Tejerina, Benjamín, *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, Madrid, Trotta.
- Rudé, George, 1978, *Protesta popular y revolución en el siglo XVIII*, Barcelona, Ariel.
- Sábato, Hilda, 1998, *La política en las calles*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Schuster Federico et al, 2005, *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, Prometeo.
- Scott, James, 1990, *Dominations and the Arts of Resistance. Hidden Transcripts*, Londres, Yale University. (ed. en castellano: *Los dominados y el arte de la resistencia*, México, ERA, 2000).
- Suriano, Juan, 2001, *Anarquistas. Cultura y política libertarias en Buenos Aires*, Buenos Aires, Manantial.
- Svampa, Maristella y Pereyra, Sebastián, 2002, *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Buenos Aires, Biblos.
- Tarrow, Sidney, 1997, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza.
- Thompson, E.P., 1995, *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica.
- Urresti, Marcelo, 2002, “Cultura juvenil”, en Altamirano (dir.), *Términos críticos en sociología de la cultura*, Buenos Aires, Paidós.
- Zald, Meyer, 1999, “Cultura, ideología y creación de marcos estratégicos”, en Zald, McCarthy, McAdam, *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*, Madrid, Istmo.
- Zubieta, Ana María, 2004, *Cultura popular y cultura de masas*, Buenos Aires, Paidós.